

**Efesios 2:11-13:** “Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne. En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo”.

Quisiera comenzar la exposición de nuestro texto presentando tres escenas narradas en el NT, que pueden ayudarnos a entender la importancia de lo que Pablo habla aquí. Luego vamos a hablar un poco sobre el contexto cultural y bíblico del pasaje, y en la segunda parte del sermón abordaremos tres cosas que Pablo quiere que recordemos.

**Primera escena (Lucas 4:16-30):** Jesús predica en una sinagoga en Nazaret, en un momento de su ministerio. Al ver que los judíos que lo escuchan iban a menospreciar su enseñanza, Él les habla de cómo en el pasado los profetas Elías y Eliseo fueron enviados por Dios para ser de bendición a personas paganas, que no eran israelitas.

Cuando todos en la sinagoga oyen esto, quieren matar a Jesús. Lo echan fuera de la ciudad, hasta la cumbre de un monte, pero Él se va y no lo matan.

**Segunda escena (Hechos 22:1-22):** El apóstol Pablo es arrestado injustamente en el templo en Jerusalén. Un montón de judíos que se oponen a él y su enseñanza están molestos con él y lo acusan de varias cosas. Pablo tiene la oportunidad de hablarle a la multitud y presentar su defensa. En medio de sus palabras, les cuenta su testimonio; testifica de cómo Cristo Jesús transformó su vida.

Y el apóstol Pablo sigue hablando hasta relatar cómo Jesús lo llamó a predicar a los gentiles (no-judíos). Hasta aquí lo oye la multitud, que se enojó en extremo al escuchar esto. Dice **Hechos 22:22-23:** “Y le oyeron hasta esta palabra; entonces alzaron la voz, diciendo: Quita de la tierra a tal hombre, porque no conviene que viva. Y como ellos gritaban y arrojaban sus ropas y lanzaban polvo al aire...”.

**Tercera escena (Hechos 28:17-31):** Pablo está arrestado en Roma, en una especie de arresto en domicilio, y se le permite predicar el evangelio a judíos en esa ciudad. Ellos van al lugar en donde se encuentra Pablo y él les predica durante todo un día.

Estos judíos no reciben la Palabra, y Pablo les explica que esa dureza de ellos fue profetizada en el Antiguo Testamento. Les dice en el **v. 28:** “Sabed, pues, que a los

gentiles es enviada esta salvación de Dios; y ellos oirán. **v. 29** Y cuando hubo dicho esto, los judíos se fueron, teniendo gran discusión entre sí”.

Hermanos, es fácil notar algo común en estas tres escenas y otros momentos narrados en la Biblia: **para los judíos era extremadamente ofensiva la idea de que Dios desee la salvación y se interese por los no-judíos** (¡por personas como nosotros!).

Es necesario saber esto para entender nuestro pasaje de hoy y sentir la fuerza de lo que dice. Luego de la enseñanza del señorío de Cristo y el evangelio (la crucifixión, la resurrección, la salvación por gracia, etc), lo más radical que Pablo enseñó fue que la personas que no son judías pueden formar parte del verdadero pueblo de Dios.

## **Entendiendo la rivalidad y el contexto del pasaje**

En la época en que se escribió Efesios había una rivalidad (aún presente en algunos lugares) profunda de los judíos con los gentiles. Como explica un comentarista:

“Esta rivalidad era religiosa: los gentiles no conocían al Dios de Israel. Era cultural: los judíos tenían rituales, fiestas y ceremonias que los distinguían de las naciones. Era racial: los judíos podían jactarse de tener la sangre de Abraham, Isaac y Jacob fluyendo en sus venas”.

Esta rivalidad se debía, y aún se debe, en gran parte a que los judíos eran selectivos al leer el AT. Desde el comienzo de la Biblia aprendemos que el plan de Dios no es bendecir a un solo país, sino extender su gracia a todas las naciones.

Un ejemplo de esto es **Génesis 22:18**, cuando Dios promete a Abraham: “En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste a mi voz”. Mucho más adelante, en Gálatas 3, Pablo enseña que esa simiente (en singular), ese descendiente que trae bendición a gente de todas las naciones, es Jesucristo.

Sí, Dios tomó a una nación (Israel) y la bendijo por gracia, totalmente a pesar de lo tercos y pecadores que eran; y les dio promesas maravillosas, y mostró su amor a ellos. Pero su plan desde el comienzo no era bendecir a un solo país.

Entonces, luego de la primera parte de este capítulo 2 en Efesios, en el que Pablo ha hablado sobre la gracia de Dios y su propósito en la vida del creyente, él quiere abordar lo que esto implica (el versículo 11 empieza diciendo “*Por tanto...*”).

**La implicación es esta:** si la salvación es solo por gracia en Cristo para todos los creyentes, sin contar nuestras obras y sin que tengamos algo de qué jactarnos o sentirnos superior a los demás, cuando yo estoy reconciliado Dios también con los otros creyentes. Por lo tanto, en Cristo Jesús, ya no hay separación entre los creyentes (judíos y no-judíos). Dios nos ha hecho parte de su pueblo.

En otras palabras, Cristo no solo vino a reconciliarnos con Dios cuando nosotros no podíamos salvarnos. Eso es central, pero no es lo único que Él vino a hacer. Cristo también vino para reconciliarnos los unos con los otros en Él y esto es lo que vemos en la iglesia. Porque cuando las personas son reconciliadas verticalmente con Dios, también son reconciliadas horizontalmente con otros creyentes.

De hecho, algunos teólogos han dicho (y estoy de acuerdo) que esta segunda mitad de Efesios 2 es el pasaje sobre la iglesia más importante en la Biblia. Aquí vemos cómo la gracia de Dios mostrada en la cruz del Calvario resuelve el problema de nuestra separación de Dios, y también de nuestra separación con el prójimo.

Es en esta reconciliación por gracia con Él y con nuestro prójimo unido a Él, que Dios muestra su multiforme sabiduría, como dice más adelante **Efesios 3:8-11**:

“A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo, y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas; para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor”.

Es por eso, mis amados hermanos, que necesitamos entender nuestra condición de separación antes de que la gracia de Dios llegase a nuestras vidas.

Pablo nos llama a recordar esto, como dice el **v. 11**: “Por tanto, acordaos de que en otro tiempo...” no éramos del pueblo de Dios.

Nosotros necesitamos recordar que hubo un tiempo en que no formábamos parte del pueblo de Dios porque...

- Nuestra gratitud por la salvación es proporcional a nuestro entendiendo de nuestro pasado.

- Mi conocimiento del amor de Dios es proporcional a mi conocimiento de quién era yo cuando Él me amó.
- Nuestra alegría es proporcional a nuestro conocimiento de cómo Dios nos reconcilió con Él y con nuestro prójimo por medio de la cruz.

Ahora prestemos mayor atención al pasaje como tal, Efesios 2:11-13.

## **Éramos llamado incircuncisión.**

Pablo comienza señalando que hay una diferencia física real entre los judíos y los gentiles, y que de hecho los gentiles en el primer siglo eran llamados como “incircuncisos” de manera despectiva por los judíos.

**2:11:** “Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne”. Hablemos un poco sobre esto.

Bueno, aunque varios pueblos de aquella época practicaban la circuncisión, ella llegó a ser una señal externa y definitiva de identificación judía. Ella consiste en una señal que los hombres israelitas tenían en su cuerpo, y era muy importante para los judíos. Esta señal simbolizaba un compromiso de vivir para la gloria de Dios.

De hecho, algunos judíos supuestamente “cristianos” enseñaron que creer en Cristo no era suficiente para ser salvos, y que por tanto los gentiles debían circuncidarse también (esto fue lo que hizo que Pablo escribiese su carta a los Gálatas, refutando a los judaizantes y enseñando enérgicamente que la salvación es solo por fe).

La verdad es que la Biblia enseña que la circuncisión que realmente vale es la del corazón. Solo porque una persona sea judía físicamente, con una circuncisión en la carne (como dice Pablo), no significa que en verdad sea el pueblo de Dios. El verdadero judío es aquel que tiene un corazón circuncidado **(Romanos 2:28-29)**.

En otras palabras, lo realmente importante no es si por fuera yo luzco como si fuera del pueblo de Dios y estuviese comprometido a Él. Lo que en verdad importa es si en mi corazón adoro al Señor y en verdad le obedezco.

El pastor Kent Hughes en su comentario del libro de Romanos usa un ejemplo muy ilustrativo, comparando a la circuncisión con un anillo de boda. El anillo en una celebración de boda no es el matrimonio como tal, ni brinda a las personas el poder

para amarse mutuamente. En cambio, el anillo es solo un símbolo externo de algo que debe haber en mi interior, y es compromiso por mi cónyuge.

Así como un anillo de boda pierde su valor en el dedo de una persona que comete adulterio, de la misma manera la circuncisión que yo recibo en la carne no tienen ningún valor si yo voy a ser adúltero espiritualmente en contra de mi Dios, teniendo ídolos y otras prioridades en mi corazón.

Por eso dice **Gálatas 5:6**: “Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación”.

Entonces, luego de hablar sobre la brecha que la simple circuncisión física representaba por parte de los judíos, que se jactaban de ser circuncidados, Pablo nos llama a recordar tres cosas sobre nuestra separación del pueblo de Dios antes de que su gracia llegase a nosotros. En lo que resta del sermón, vamos a verlas.

## **1. Nosotros estábamos separados de Cristo (el Mesías).**

**2:12**: “En aquel tiempo estabais sin Cristo...”.

Aquí, por supuesto, Pablo no está sugiriendo que los judíos tienen a Cristo solo por ser judíos. Como hemos estado aprendiendo, la salvación es solo por medio de la fe en el evangelio de Cristo. Los judíos no-creyentes están sin un Salvador.

Pero es indudable que los judíos conocieron primero la esperanza de un Mesías y entendemos que de eso está hablando Pablo aquí. Los judíos tenían las Escrituras y el evangelio vino primero a ellos, como dice **Romanos 1:16**.

Veamos también lo que Pablo dice en **Romanos 9:3-5**, hablando de su deseo de que todos los judíos crean en Cristo:

“Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne; que son israelitas, de los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas, de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén”.

En medio de la turbulencia del pecado en el avión de la humanidad, ellos fueron los primeros en recibir el aviso desde la cabina de mando de que iba a venir un Salvador que nos iba a rescatar de caer en la condenación eterna.

Pero por la gracia de Dios nosotros no nos quedamos sin escuchar este mensaje. El evangelio llegó a nosotros de manera que ahora estamos con Cristo si lo creemos.

## **2. Nosotros estábamos separados del pueblo de Dios y sus pactos.**

**2:12:** "... alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa..."

En el Antiguo Testamento, Dios reafirmó una y otra vez su promesa de bendición al pueblo de Israel (noten que *pactos* está en plural y *promesa* en singular). Dios les prometió que Él sería su Dios y que ellos serían su pueblo, y los pactos que hizo con ellos giraban entorno a esa promesa de redención y comunión.

Por ejemplo, **Génesis 17:17** dice Dios a Abraham: "Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti en sus generaciones, por pacto perpetuo, para ser tu Dios, y el de tu descendencia después de ti".

Y mucho más adelante leemos en **Jeremías 24:7**: "Y les daré corazón para que me conozcan que yo soy Jehová; y me serán por pueblo, y yo les seré a ellos por Dios; porque se volverán a mí de todo su corazón".

Nosotros, como no somos ciudadanos israelitas en un sentido físico, antes de ser creyentes estábamos sin saber estas cosas. Eramos ajenos a estos pactos de la promesa de salvación de Dios. Y estas son bendiciones que toda persona (tantos judíos como gentiles) necesitan recibir por gracia por medio de la fe en Cristo.

## **3. Nosotros estábamos separados de Dios y toda esperanza verdadera.**

**2:12:** "... sin esperanza y sin Dios en el mundo".

Aunque en el mundo hay muchas personas que creen tener esperanza, y anteriormente creíamos que estábamos bien sin Dios, la realidad es que solo en Cristo hay una esperanza sólida para nuestro futuro en la eternidad.

Debido a nuestra separación del pueblo judío, no teníamos el conocimiento del amor del Dios verdadero y no podíamos estar en una correcta relación con Él. Como explica el comentarista y teólogo William Hendricksen:

“[Nosotros éramos] semejantes a marineros que sin brújula ni guía se hallaban a la deriva en una nave sin timón en noche sin estrellas en medio del tempestuoso mar, lejos del puerto. Nada menos que esto es lo que se desea significar por medio de la lóbrega frase que inspira pavor, ‘sin Dios en el mundo’”.

Esta era nuestra separación de Dios y de su pueblo: Estábamos sin la noticia del Mesías, estábamos sin recibir las bendiciones de los pactos de la promesa de Dios, y estábamos sin esperanza verdadera, sin Dios en el mundo.

### **Pero ahora hemos sido acercados**

**2:13:** “Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo”.

Y es que el evangelio se trata de que en la cruz Cristo recibió todo el peso de la separación total que merecemos de Dios por nuestra maldad, para que nosotros (seamos judíos o no) por gracia pudiéramos ser acercados a Él.

Si Dios barriese nuestros pecados bajo la alfombra como si nada hubiese pasado, y recibiese así tanto a judíos como a gentiles en su presencia, Él sería injusto. El pecado es una afrenta infinita ante su santidad. Merecemos condenación. **Rom. 3:23.**

Pero Cristo fue a la cruz y clamó “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” para que tú y yo jamás tengamos que clamar así. Por su sangre los creyentes somos acercados a Dios. Así también somos acercados a las otras personas que han creído este mensaje y han sido acercadas a Él, recibiendo la bendición de su promesa.

Como dice más adelante, en **Efesios 2:18-20:** “Por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios”.

Cristo, en obediencia a Dios, recibió el castigo que merecemos, de manera que ahora podemos acercarnos a Él y recibir la alegría de formar parte de su pueblo.

## ¿Cómo responder a todo esto?

**Primero, si no eres creyentes**, el llamado de Dios para ti hoy es que creas el evangelio. La promesa de salvación no es solo para judíos que crean en Cristo como Señor y Salvador, sino para gente de todo el mundo (**Juan 3:16**).

Solo por medio de la sangre de Jesús, podemos ser parte de su verdadero pueblo que es la iglesia, formada por judíos creyentes y colombianos creyentes, y venezolanos creyentes, y todos los demás creyentes.

Y así como los judíos incrédulos necesitan dejar de poner su esperanza en su linaje y una señal en sus cuerpos, mientras tienen corazón incircuncisos, tú también necesitas dejar de confiar en otra cosa que no sea Cristo. Necesitas vivir para Él con todo tu corazón. Podrás venir a mucho a la iglesia y parecer comprometido con Él, pero eso de nada te sirve si no has creído en verdad dejando tu vieja vida atrás.

Entiende que solo por medio de Cristo podemos vivir con verdadera esperanza.

**Segundo, si eres creyente, eres llamado a recordar lo que hablamos hoy.** Eres llamado a recordar esta separación que había entre tú y Dios, y entre tú y su pueblo. Es lo que dice el pasaje. **V. 11**: “Acordaos que...”. Como dijimos antes, nuestra gratitud por la salvación es proporcional a nuestro entendiendo de nuestro pasado.

Además, esto debe llenarnos de humildad. Si fuésemos acercados a Dios y su pueblo por algo que nosotros hicimos, o por algo que nosotros somos, tendríamos razones para jactarnos. Pero si fuimos acercados a Dios y su pueblo porque Cristo murió por mí, eso debe matar mi orgullo.

Por último, esto debe llevarnos a maravillarnos ante lo inmenso que es el evangelio. Cristo no solo vino a reconciliarnos con Dios, sino que también a reconciliarnos los unos con los otros. Podemos confiar en que si Él pudo terminar en Cristo con la rivalidad y separación tan grande como la que hay entre judíos y no judíos, ciertamente Él puede unirnos en la fe a pesar de toda clase de diferencias.

Como dice **Gálatas 3:28**: “Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa”.



Sí, hay diferencias entre hombres y mujeres. Sí, hay diferencias entre judíos y no judíos. Sí, hay un montón de diferencias en todo el mundo. Pero ninguna de esas diferencias es de máximo significado. Por medio de Cristo, a pesar de nuestros pasados y sin importar nuestro color de piel, nuestra edad, nuestro sexo, hay perdón para nuestros pecados y podemos ser unidos a la iglesia. *Somos uno en Cristo.*

Demos un vistazo a nosotros mismos. Miremos todas las diferencias físicas y en experiencias que pueden haber entre nosotros ¿No es asombroso saber que hay algo que nos acerca y nos une que es más valioso que todo lo demás, y que nos constituye como parte del pueblo de Dios cuando antes estábamos separados?

Esto debe unirnos a la adoración celestial que leemos a **Apocalipsis 5:9**: “Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación”.